

AMA A TU PRÓJIMO

Volumen 1 – Sermón No. 145

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 9 DE AGOSTO DE 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

"Amarás a tu prójimo como a ti mismo."

Mateo 19:19

Nuestro Salvador predicó muy a menudo sobre los preceptos morales de la Ley. Muchos de los sermones de Cristo, ¿y qué sermones se comparan con ellos?, no tienen lo que ahora se llama "el Evangelio" en absoluto. Nuestro Salvador no siempre se levantó a predicar para declarar la depravación del hombre o la doctrina de la elección, o de la expiación limitada, o del llamamiento eficaz, o de la perseverancia final. No con la misma frecuencia habló sobre los deberes de la vida humana, y sobre esos preciosos frutos del Espíritu que son engendrados en nosotros por la gracia de Dios.

Note lo que acabo de decir. Puede que haya empezado con eso, pero tras una lectura diligente de los cuatro evangelistas, encontrarás que estoy en lo cierto al afirmar que gran parte del tiempo de nuestro Salvador, estuvo ocupado en decirle a la gente lo que debían hacer unos con otros. Y muchos de sus sermones no son lo que nuestros críticos particulares llamarían en estos tiempos sermones llenos de unción y sabor. Porque ciertamente estarían lejos de ser deleitosos para los cristianos enfermizos y sentimentales que no se preocupan por los asuntos prácticos de la religión.

Amados, es tanto la tarea del ministro de Dios predicar el deber del hombre como lo es predicar la expiación de Cristo, y a menos que predique el deber del hombre, nunca será bendecido por Dios para llevar al hombre al estado adecuado para ver la belleza de la expiación. A menos que a veces truene la Ley y reclame para su Maestro el derecho de obedecerla, no será muy probable que produzca una convicción, ciertamente no esa convicción que después lleva a la conversión.

Esta mañana soy consciente de que mi sermón no será muy untuoso y deleitoso para ustedes que siempre quieren la misma ronda de doctrinas, pero de esto tengo poco cuidado. Este mundo áspero a veces necesita ser reprendido y si podemos llegar a los oídos de la gente es nuestra tarea reprenderlos. Creo que si alguna vez hubo un momento en el que este texto necesitaba ser ampliado es ahora. Es tan a menudo olvidado, tan raramente recordado,

"Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Destacaré, antes que nada, la orden. En segundo lugar, trataré de traer algunas razones para su obediencia. Y después sacaré algunas sugerencias de la propia ley.

1. Primero, entonces, LA ORDEN. Es el segundo gran mandamiento. El primero es, "Amarás al Señor, tu Dios", y ahí está la norma adecuada, "amarás a tu Dios más que a ti mismo". El segundo mandamiento es: "Amarás a tu prójimo", y el estándar es un poco más bajo, pero aun así preeminentemente alto: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Ahí está el mandamiento. Podemos dividirlo en tres partes. ¿A quién debo amar? "A mi prójimo". ¿Qué debo hacer? Debo amarlo. ¿Cómo debo hacerlo? Debo amarlo como a mí mismo.

Primero, ¿a quién debo amar? Debo amar a mi prójimo. Por la palabra "prójimo" debemos entender a cualquier persona que esté cerca de nosotros. Viene de dos viejas palabras, *nae* o *cerca*, y *buer*, (*habitar*) personas que residen o están cerca de nosotros y si alguien en el mundo está cerca de nosotros es nuestro prójimo. El samaritano, cuando vio al hombre herido en el camino a Jericó, sintió que estaba en su vecindario y que por lo tanto era su prójimo y estaba obligado a amarlo. "Ama a tu prójimo". Tal vez él sea rico y tú pobre y vivas en tu casita junto a su señorial mansión.

Ves sus propiedades, notas su fino lino y sus suntuosas vestimentas. Dios le ha dado estos regalos y si no te los ha dado a ti, no codicies su riqueza y no tengas duros pensamientos sobre él. Siempre habrá diferencias en las circunstancias del hombre, que así sea. Conténtate con tu propia suerte si no puedes mejorarla, pero no mires al prójimo y desees que sea tan pobre como tú. Y no ayudes o instigues a nadie que quiera quitarle su riqueza para hacerte rico. Ámalo y entonces no podrás envidiarlo. Tal vez, por otro lado, eres rico y cerca de ti residen los pobres.

No desprecies llamarlos prójimos. No desprecies el hecho de que estás obligado a amarlos incluso a ellos. El mundo los llama tus inferiores. ¿En qué son inferiores? Son tus iguales en realidad, aunque no tanto en posición. "Dios ha hecho de una sola sangre a todos los pueblos que habitan sobre la faz de la tierra". No eres mejor que ellos. Ellos son hombres y ¿eres tú más que eso? Ellos pueden ser hombres en harapos, pero los hombres en harapos son hombres y si eres un hombre vestido de escarlata no eres más que un hombre. Ten cuidado de amar a tu prójimo, aunque esté en harapos y no lo desprecies, aunque esté hundido en las profundidades de la pobreza.

Ama a tu prójimo también, aunque sea de una religión diferente. Te crees de la secta más cercana a la verdad, y tienes la esperanza de que tú y tus compañeros que piensan tan bien ciertamente se salvarán. Tu prójimo piensa de forma diferente. Su religión, dices, es poco sólida y falsa. Ámalo por todo eso. No dejes que tus diferencias lo separen de ti. Tal vez tenga

razón, o tal vez esté equivocado. En la práctica, él será el que más ama. Posiblemente no tenga ninguna religión. Desprecia a tu Dios, quebranta el día de reposo. Se confiesa ateo, pero aun así ámalo. Las palabras duras no lo convertirán, las acciones duras no lo harán cristiano. Amándolo de frente. Su pecado no es contra ti, sino contra tu Dios.

Tu Dios se venga de los pecados cometidos contra él y lo dejas en manos de Dios. Pero si puedes hacerle un favor, si puedes encontrar algo con lo que puedas servirle, hazlo, ya sea de día o de noche. Y si hacéis alguna distinción, hacedla así: "Como no sois de mi religión, os serviré más para que os convirtáis a la justicia". Mientras que tú eres un hereje samaritano y yo un judío ortodoxo, sigues siendo mi vecino y te amaré con la esperanza de que renuncies a tu templo en Gerizim y vengas a inclinarte en el templo de Dios en Jerusalén". Ama a tu prójimo, a pesar de las diferencias de religión.

Ama a tu prójimo, aunque se oponga a ti en el comercio. Será un lema difícil de introducir en el intercambio, o en el comercio. Pero, sin embargo, es uno que estoy obligado a predicaros a vosotros que sois mercaderes y comerciantes. Un joven ha abierto recientemente una tienda que teme que le perjudique. No debes hacerle daño, no debes pensar ni decir nada que lo perjudique. Tu tarea es amarlo, porque, aunque se oponga a ti en tu negocio, es tu vecino. Hay otro que vive cerca de ti que está en deuda contigo, si le quitas todo lo que te debe, lo arruinarás, Pero si le permites quedarse con tu dinero por un tiempo, puede que supere la tormenta y tenga éxito en sus esfuerzos.

Es asunto tuyo amarlo como te amas a ti mismo. Déjale su dinero, déjale intentarlo de nuevo y tal vez tú tengas el tuyo y él también reciba ayuda. Con quienquiera que tenga tratos en su negocio, es su vecino. Con quienquiera que comercies, sea mayor o menor que tú, es tu prójimo y la ley cristiana ordena que ames a tu prójimo. No sólo dice que no debes odiarlo, sino que te dice que lo ames. Y aunque él frustre tus proyectos, aunque impida que obtengas riquezas, aunque te quite tu clientela, sí, aunque oscurezca tu fama, estás obligado a amarlo como a ti mismo. Esta ley no hace ninguna excepción. ¿Está cerca de ti y tienes algún trato con él? Así dice la ley: "Lo amarás".

De nuevo, estás obligado a amar a tu prójimo, aunque te ofenda con su pecado. A veces nuestros espíritus se agobian y nuestros corazones se afligen cuando vemos la maldad de nuestras calles. La reacción común con la ramera o el despilfarrador es expulsarlos de la sociedad como una maldición. No es correcto. No es cristiano. Estamos obligados a amar incluso a los pecadores y no a expulsarlos de la tierra de la esperanza, sino procurar recuperar incluso a éstos. ¿Es un hombre un pícaro, un ladrón o un mentiroso? No puedo amar su picardía, o yo mismo debería ser un pícaro. No puedo amar sus mentiras, o sería falso, pero estoy obligado a seguir amándolo, y aunque me ofenda, no debo albergar ningún sentimiento vengativo.

Como deseo que Dios me perdone, debo perdonarlo. Y si peca contra la Ley de la tierra, lo cual debe ser castigado (y con razón), debo amarlo en el castigo. Porque no debo condenarlo a prisión por venganza, sino que debo hacerlo por su bien, para que se arrepienta con el castigo. Debo darle una medida de castigo adecuada, no como expiación de su crimen, sino para enseñarle lo malo de éste e inducirle a abandonarlo. Pero permítame condenarlo con una lágrima en los ojos porque todavía lo amo. Y déjame, cuando lo metan en la cárcel, cuidar de que todos sus guardianes lo atiendan con amabilidad.

Y aunque hay una necesidad de severidad en la disciplina de la prisión, no hay que ir demasiado lejos, para que no se convierta en crueldad y se vuelva despiadado en lugar de útil. Estoy obligado a amarlo, aunque esté hundido en el vicio y degradación. La ley no conoce ninguna excepción, reclama mi amor por él. Debo amarlo. No estoy obligado a llevarlo a mi casa. No estoy obligado a tratarlo como a uno de mi familia. Puede haber algunos actos de bondad que serían imprudentes, ya que al hacerlos podría arruinar a otros y recompensar el vicio. Estoy obligado a oponer mi rostro a él dado que soy justo, pero siento que no debo oponer mi corazón hacia él porque es mi hermano.

Y aunque el diablo ha manchado su rostro y escupe su veneno en su boca, de modo que cuando habla, habla en juramentos y cuando camina, sus pies son veloces para derramar sangre, aun así, es un hombre. Y como hombre es mi hermano y como hermano estoy obligado a amarlo. Y si al rebajarme puedo elevarlo a algo como la dignidad moral, me equivoco si no lo hago. Estoy obligado a amarlo como me amo a mí mismo. Oh, me gustaría que esta gran Ley se cumpliera plenamente. Ah, mis oyentes, no aman a sus vecinos, saben que no lo hacen. No ames simplemente a todas las personas que van a la misma Capilla. Ciertamente, no pensaríais en amar a los que difieren de vosotros en opinión, ¿verdad? Eso sería una caridad demasiado extraña.

Apenas amas a tus propios hermanos y hermanas. Algunos de ustedes hoy tienen puñales desenvainados contra ellos que colgaban del mismo pecho. ¿Cómo puedo esperar que améis a vuestros enemigos si no amáis a vuestros amigos? Algunos de ustedes han venido aquí enojados con sus padres y aquí hay un hermano que está enojado con su hermana por una palabra que dijo antes de salir de casa. Oh, si no podéis amar a vuestros hermanos y hermanas sois peores que los paganos y los publicanos.

¿Cómo puedo esperar que obedezcas este alto y poderoso mandamiento, "Ama a tu prójimo"? Pero tanto si lo obedeces como si no, me corresponde a mí predicarlo y no cambiarlo al gusto de una generación que se opone. Primero, estamos obligados a amar y honrar a todos los hombres, simplemente porque son hombres. Y debemos amar, a continuación, a todos los que viven cerca de nosotros, no por su bondad o utilidad para con

nosotros, sino simplemente porque la Ley lo exige y son nuestros vecinos. "Ama a tu prójimo como a ti mismo".

Pero, ahora, ¿qué voy a hacer con mi vecino? Amarlo... es una palabra difícil... amarlo. "Bueno, creo", dice uno, "que nunca hablo una palabra desagradable de ninguno de mis vecinos. No sé si alguna vez he dañado la reputación de una persona en mi vida. Soy muy cuidadoso de no hacer daño a mi vecino. Cuando empiezo en el negocio no dejo que mi espíritu de competencia derrote a mi espíritu de caridad. Trato de no lastimar a nadie". Mi querido amigo, eso es correcto hasta donde llega, pero no llega hasta el final. No basta con decir que no odias a tu vecino, sino que debes amarlo. Cuando lo veas en la calle no es suficiente que te mantengas alejado de él y no lo derribes. No basta con que no lo molestes por la noche, ni perturbes su tranquilidad.

No es una orden negativa, es una orden positiva. No es el no hacer, es el hacer. No debes herirlo, es verdad, pero no has hecho todo cuando no has hecho esto. Debes amarlo. "Bueno", dice uno, "Cuando mis vecinos están enfermos alrededor, si son pobres, tomo un trozo de carne para la cena y se lo envío para que coman un poco y se sacien. Y si son muy pobres, pongo mi dinero y me ocupo de que sean atendidos". Sí, pero puedes hacer esto y no amarlos. He visto la caridad otorgada a un hombre pobre como se lanza un hueso a un perro y no había amor en ello. He visto dinero dado a los que lo necesitaban con la misma cortesía con la que se da el heno a un caballo.

"Ahí está, lo quieres. Supongo que debo dártelo, o la gente no me considerará generoso. Tómallo, siento que hayas venido aquí. ¿Por qué no te vas a la casa de otro? Siempre tengo mendigos colgados de mí". Oh, esto no es amar a nuestro vecino y esto no hace que nos ame. Si le hubiéramos dicho una palabra amable y lo hubiéramos rechazado, nos habría amado más que cuando le dimos de manera poco amable. No, aunque alimentas a los pobres y visitas a los enfermos no has obedecido la orden. Sólo cuando tu corazón va con tu mano y la bondad de tu vida expresa la bondad de tu alma, "Amarás a tu prójimo".

Y ahora alguien puede decir: "Señor, no puedo amar a mi prójimo. Tú puedes amar a los tuyos, quizás, porque pueden ser mejores que los míos. Pero los míos son unos vecinos muy raros y trato de amarlos y con todo lo que hago no hacen más que devolverme insultos". Tanto más espacio para el heroísmo. ¿Serías un guerrero de cama de plumas, en lugar de soportar la dura lucha del amor? Señor, el que más se atreva será el que más gane. Y si el camino del amor es duro, pisa fuerte y sigue amando a tus vecinos en las buenas y en las malas. Apilad carbones de fuego sobre sus cabezas y si son difíciles de complacer, buscad no complacerlos a ellos sino a vuestro Maestro. Y recuerda que, si rechazan tu amor, tu Maestro no lo ha rechazado y tu obra es tan aceptable para él como si hubiera sido aceptable para ellos. "Amarás a tu prójimo".

Si este amor por el prójimo se llevara a cabo, el amor, el amor real, impediría toda ira precipitada. ¿Quién se enfada consigo mismo? Supongo que todos los sabios lo están de vez en cuando y sospecho que no deberíamos ser justos si no nos enfadáramos a veces. Un hombre que nunca se enfada no vale un botón. No puedes ser un buen hombre que a menudo ve las cosas tan mal que debes estar enojado con ellas. Pero, recuerda, no tienes derecho a estar más enfadado con tu vecino que contigo mismo. A veces estás enfadado contigo mismo y a veces puedes estar enfadado con él si ha hecho algo malo.

Pero tu ira hacia ti mismo es muy efímera, pronto te perdonas a ti mismo. Bueno, estás obligado a perdonarlo y aunque digas una palabra dura, si es demasiado dura, retírala y si es lo suficientemente dura, no le añadas más para que sea demasiado dura. Di la verdad si estás obligado a hacerlo, tan amablemente como puedas. No seas más severo de lo necesario. Trata a los demás como te tratarías a ti mismo. Sobre todo, no albergues ninguna venganza. Nunca dejes que el sol se ponga sobre tu ira, es imposible amar a tu prójimo si lo haces.

La venganza hace que la obediencia a esta orden sea totalmente imposible. Estáis obligados a amar a vuestro prójimo, no lo descuidéis. Puede que esté enfermo, que viva muy cerca de tu casa y que no te mande a buscar para que lo visites. Él dice: "No, no me gusta molestarlo". Recuerda que es tu deber encontrarlo. La más digna de toda la pobreza es la que nunca pide piedad. Mira dónde están tus vecinos necesitados. No esperes a que se lo digan, sino averígualo tú mismo y ayúdalos. No los descuides. Y cuando os vayáis, no lo hagáis con el orgullo altivo que la caridad suele asumir. No vayas como un superior a punto de conceder un beneficio. Sino que ve a tu hermano como si estuvieras a punto de pagarle una deuda que la naturaleza te impone y siéntate a su lado y habla con él.

Y si es alguien que tiene un espíritu elevado, no le des tu caridad como una caridad, dásela de otra manera, no sea que le rompas la cabeza con la misma caja de unguento con la que habías pensado ungirlo. Tened mucho cuidado con la forma en que le habláis, no le rompáis el espíritu. Deja tu caridad atrás y él lo olvidará, pero recordará bien tu bondad hacia él en tu discurso.

El amor al prójimo deja a un lado todo pecado que sea similar a la codicia y la envidia, y nos hace en todo momento listos para servir, listos para ser el estrado de sus pies, sí, así debe ser, para que podamos demostrar que somos los hijos de Cristo. "Bueno", dice uno, "no puedo ver que siempre tengo que perdonar. Sabes que en lo que un gusano se convertirá si lo pisotean". ¿Y un gusano es tu ejemplo? Un gusano se convertirá, pero un cristiano no. Creo que es un desprecio repugnante tomar a un gusano como ejemplo, cuando tengo a Cristo. Cristo no se convirtió cuando fue insultado, no volvió a insultar. Cuando lo crucificaron y lo clavaron en el madero, gritó: "Padre, perdónalos". Deja que el amor, el amor inconquistable,

habe en tu seno. Amor que muchas aguas no pueden apagar, amor que las inundaciones no pueden ahogar. Ama a tu prójimo.

Y ahora hemos terminado con esta orden cuando hemos notado cómo debemos amar a nuestro prójimo. Sería bueno que algunas damas amaran a sus vecinos tanto como a sus perros falderos. Sería bueno para muchos terratenientes que amaran a sus vecinos tanto como a su jauría. Creo que sería una gran virtud que algunos amaran a sus vecinos tanto como a su animal favorito en su casa. Sin embargo, ¡qué grado inferior de virtud parece ser! Y, sin embargo, es algo muy superior a lo que algunos de ustedes han alcanzado.

No amas a tu prójimo como amas a tu casa, tu patrimonio o tu bolso. ¿Qué tan alto es entonces, "Ama a tu prójimo como a ti mismo", el estándar del Evangelio? ¿Cuánto se ama un hombre a sí mismo? Ninguno de nosotros demasiado poco, algunos demasiado. Puedes amarte a ti mismo tanto como quieras, pero ten cuidado de amar a tu prójimo tanto como puedas. Estoy seguro de que no necesitas ninguna exhortación para amarte a ti mismo. Tu propio caso será bien visto, Tu propio consuelo será un asunto muy primario en tu preocupación. Forrarás bien tu propio nido con plumas suaves si puedes. No hay necesidad de exhortarte a amarte a ti mismo, lo harás bastante bien. Entonces, por mucho que se amen a sí mismos, amen a su vecino. Y ten en cuenta que esto significa: tu enemigo, el hombre que se opone a ti en el comercio y el hombre de otra clase. Debes amarlo como te amas a ti mismo.

Oh, pondría el mundo patas arriba, de hecho, si esto se practicara. Una buena palanca sería esta para trastornar muchas cosas que ahora se han convertido en la costumbre de la tierra. En Inglaterra tenemos una casta casi tan fuerte como en la India. Mi señor no hablará con nadie que esté un poco por debajo de su dignidad, y el que tiene el siguiente grado de dignidad piensa que el comerciante está infinitamente por debajo de él, y el que es comerciante piensa que un mecánico apenas vale la pena, los mecánicos según sus niveles tienen sus castas y clases también. ¡Oh, por el día en que estos se descompongan! ¡Cuando se sienta el impulso de una sola sangre y cuando, como una familia, se amen los unos a los otros y sientan que una clase depende de la otra!

Estaría bien que cada uno se esforzara por ayudar y amar al otro como debe. Mi bella dama, con sus sedas y satenes, ha ido a la iglesia muchos días y se ha sentado al lado de una pobre anciana con su capa roja que es tan buena santa como usted podría ser. Pero, ¿alguna vez le habla? ¡Nunca en su vida! No quieres hablar con ella, pobre alma, porque resulta que vales más cientos de libras al año que ella en chelines. Ahí estás tú, Sir John, vienes a tu lugar y esperas que todos sean eminentemente respetuosos contigo, como en verdad deberían serlo, pues todos somos hombres honorables y el mismo texto que dice: "Honra al rey", dice también: "Honra a todos los hombres".

Y así estamos obligados a honrar a todos ellos. Pero tú crees que tú, por encima de todos los hombres, debes ser adorado. No condesciendes a los hombres de clase media. Mi querido señor, serías un hombre más grande que la mitad si no te mostraras tan grande. Oh, repito, bendito sea Cristo, bendito sea su Padre por este mandamiento y bendito sea el mundo cuando el mandamiento sea obedecido y amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

2. Y ahora tendré que dar razones por las que debería obedecer esta orden.

La mejor razón en todo el mundo es aquella con la que empezaremos. Estamos obligados a amar a nuestro prójimo porque Dios lo ordena. Para el cristiano no hay argumento tan potente como la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es la Ley del Creyente. No pregunta qué le beneficiará a él, cuál será el buen efecto de ella sobre los demás, sino que simplemente dice, ¿lo dice mi Padre? Oh, Espíritu Santo, ayúdame a obedecer, no porque pueda ver que siempre será bueno para mí, sino simplemente porque Tú mandas. Es el privilegio del cristiano cumplir los mandamientos de Dios, "escuchando la voz de Su Palabra". Pero alguna otra razón puede prevalecer más con otros de ustedes que no son cristianos.

Permítame comentar, entonces, que el egoísmo mismo le haría amar a sus vecinos. Es extraño que el egoísmo predique un sermón suicida, pero si el ego pudiera hablar, podría, si fuera sabio, pronunciar una oración como ésta. "Yo, ama a tu prójimo, porque entonces tu prójimo te amará a ti. Yo, ayuda a tu prójimo, porque entonces tu prójimo te ayudará. Hazte amigo de las riquezas de la injusticia, para que cuando necesites ayuda te reciban en moradas permanentes. Yo, tú que quieres tranquilidad, llega a estar tranquilo tratando bien a todo el mundo. Yo, tú que quieres placer, no puedes obtener placer si los que te rodean te odian. Haz que te amen, querido Yo, y así te bendecirás a ti mismo". Sí, aunque seas egoísta, me gustaría que fueras tan preeminentemente egoísta y tan sabiamente egoísta que amaras a los demás para hacerte feliz.

El atajo para ser feliz uno mismo es tratar de hacer felices a los demás. El mundo ya es bastante malo, pero no lo es tanto como para no sentir el poder de la bondad. Trata bien a los sirvientes. Hay algunos que no puedes cambiar, pero trátalos bien y como regla ellos te tratarán bien a ti. Trata bien a tus amos. Algunos son rudos y bastante malos, pero por su clase conocen a buenos sirvientes y te tratarán bien. Si quisiera ser feliz, no pediría tener la riqueza de este mundo ni las cosas que los hombres llaman comodidades. Los mejores consuelos que desearía serían: amor a mi alrededor y la sensación de que donde fuera esparciría la felicidad y haría felices a los hombres. Esa es la forma de ser feliz y el propio egoísmo podría decir, "Ama a tu prójimo", porque al hacerlo te amas a ti mismo. Porque hay tal conexión entre él y tú que, al amarlo, la corriente de tu amor vuelve a tu propio corazón otra vez.

Pero no te asaltaré con un motivo tan insignificante como ese. Es demasiado pobre para

un cristiano. Debería ser demasiado bajo incluso para cualquier hombre. Ama a tu prójimo en un siguiente nivel, porque esa será la forma de hacer el bien en el mundo. Ustedes son filántropos. Algunos de ustedes se suscriben a sociedades misioneras, se suscriben a la sociedad de huérfanos y otros proyectos de caridad. Estoy convencido de que estas instituciones, aunque son excelentes y buenas, son en algunos aspectos una pérdida porque un hombre da a una sociedad una décima parte de lo que se hubiera quedado para sí mismo, y donde un huérfano hubiera sido mantenido por una sola familia, diez familias se unen para mantener a ese huérfano y así hay una décima parte de la caridad.

Creo que el hombre que tiene tiempo está obligado a no dar nada a las sociedades sino a darse a sí mismo. Ser su propia sociedad. Si hay una sociedad para los enfermos, si tienes suficiente dinero, sé tu propia sociedad para los enfermos. Si tienes tiempo, ve a visitar a los enfermos tú mismo. Así sabrás que el dinero está bien gastado y evitarás los gastos de una secretaria. Hay una sociedad para dar sopa a los pobres, haz tu propia sopa, dásela tú mismo y si todos los que dan su media corona a la sociedad se gastaran la mitad de un soberano para dar la sopa ellos mismo, se haría más. Las sociedades son buenas, Dios no quiera que hable en contra de ellas. Haz todo lo que puedas por ellas, pero aun así me temo que a veces frustran el esfuerzo individual, y sé que nos roban una parte del placer que deberíamos tener en nuestra propia caridad: el placer de ver el ojo brillante y de oír la palabra agradecida cuando hemos sido nuestros propios trabajadores sociales.

Queridos amigos, recordad que el bien del hombre requiere que seáis amables con vuestros semejantes. La mejor manera de mejorar el mundo es ser amable con uno mismo. ¿Es usted un predicador? ¡Predicad de manera hosca y con tono hosco a vuestra Iglesia, que dentro de poco haréis de ella una Iglesia bonita! ¿Es usted un maestro de escuela dominical? Enseñe a sus hijos con el ceño fruncido, ¡aprenderán mucho! ¿Es usted un maestro? ¿Realiza oraciones en familia? Ten amor para tus sirvientes y diles: "Oremos". ¡Una gran cantidad de devoción la desarrollarás de esa manera! ¿Eres el guardián de una cárcel y tienes prisioneros a tu cargo? Abusa de ellos y maltrátalos y luego envíales al capellán. ¡Una buena preparación para la recepción de la Palabra de Dios!

Tienes pobres a tu alrededor, dices que deseas verlos levantados. Siempre estás refunfuñando sobre la pobreza de sus viviendas y la mezquindad de sus gustos. Ve y haz un gran revuelo con todos ellos, ¡una buena manera de mejorarlos! Ahora, lávate la cara de ese ceño fruncido y compra un poco de la esencia del verano en algún lugar, ponlo en tu cara y ten una sonrisa en tu labio y di, "Te amo. No soy ningún tonto, pero te amo y hasta donde pueda te demostraré mi amor. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Puedo ayudarte con un montante? ¿Puedo darte alguna ayuda, o decirte una palabra amable? Creo que puedo visitar después a tu pequeña hija. ¿Puedo ir a buscar al doctor para tu esposa ahora que está enferma?"

Todas estas cosas amables estarían haciendo el mundo un poco mejor. Sus cárceles y horcas y todo lo que nunca hizo el mundo mejor. Podéis colgar a los hombres todo el tiempo que queráis, nunca detendrás el asesinato. Cuélguenos a todos, no deberíamos ser mucho mejores por ello. No hay necesidad de colgar a nadie, nunca mejorará el mundo. Trata con delicadeza, trata con amabilidad, trata con amor y no hay un lobo con forma humana que no sea derretido por la amabilidad. Y no hay un tigre con forma de mujer que no se derrumbe y pida perdón si Dios bendice el amor que le brinda su amiga. Repito, por el bien del mundo, amad a vuestro prójimo.

Y ahora, una vez más, ama a tu prójimo, porque hay mucha miseria en el mundo que no conoces. A menudo hemos hablado con palabras duras a las pobres almas miserables. No conocíamos su miseria, pero debimos conocerla, debimos haberla descubierto. Debo decirle, amigo arrendador, ayer fue a obtener una orden judicial contra una mujer pobre que tiene tres hijos. Su esposo murió hace mucho tiempo. Tenía tres semanas de atraso en el alquiler. La última vez, para pagarle, vendió el reloj de su difunto marido y su propio anillo de bodas. Era todo lo que tenía y quería y te pagó. Y fuiste a verla la semana siguiente y te suplicó un poco de paciencia y te consideras muy ejemplar porque tuviste ese poco de paciencia.

"La mujer", has dicho, "me atrevo a decir, no sirve para nada. Y si no, no es asunto mío en particular si tiene tres hijos o ninguno: la renta es la renta y los negocios son los negocios". Ella sale inmediatamente. Si hubieras visto el corazón de esa mujer cuando se quedó sin un céntimo y sin casa y no sabía dónde enviar a los niños por la noche, habrías dicho, "No importa, mi buena mujer, quédate ahí. No puedo echar a una viuda de su casa y su hogar". No lo hiciste tú mismo, ¿verdad? No, pero enviaste a tu agente a hacerlo y el pecado te cayó encima por todo eso. No tenías derecho a hacerlo. Tenías derecho por la Ley del hombre, pero la Ley de Dios dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Un joven te llamó hace poco tiempo. Dijo: "Señor, usted conoce mi pequeño negocio. He estado luchando muy duro y usted me ha dejado amablemente algunas cosas a crédito. Pero por la presión de los tiempos, no sé cómo es, parece que estoy muy mal. Creo, señor, que, si pudiera hacer frente al próximo mes, podría llevarme bien. Tengo todas las posibilidades de tener un negocio, pero si pudiera tener un poco más de crédito, si usted me lo concediera". "Joven", ha dicho usted, "He tenido muchas deudas incobrables últimamente. Además, no me traes ninguna buena seguridad. No puedo confiar en ti".

El joven se inclinó y te dejó. No sabías cómo se inclinaba tanto en espíritu como en cuerpo. Ese joven tenía una pobre madre anciana y dos hermanas en la casa, había tratado de establecer un pequeño negocio para ganar pan y queso para ellos y para él mismo. Durante el último mes no han comido nada más que pan y mantequilla y el té más suave ha sido su bebida y él se ha esforzado mucho. Pero alguien más pobre de lo que parecía, no le pagó la

pequeña deuda que se le debía, y no pudo pagarle a usted. Y si le hubieras ayudado, todo podría haber estado bien con él. Y ahora no sabe qué hacer.

Su corazón está roto, su alma está hinchada dentro de él. Esa anciana madre suya y esas chicas, ¿qué será de ellas? No conocías su agonía, o de lo contrario las habrías ayudado, pero deberías haberlo sabido. Nunca debiste haber desestimado su caso hasta que hubieras sabido un poco más sobre él. No sería un asunto de negocios, ¿verdad? No, señor, ser profesional es a veces ser diabólico. Pero no quiero que usted sea un hombre de negocios si es así. ¡Apártese de sus negocios! Sea cristiano. Si sois maestros, buscad servir a Dios obedeciendo su mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

"No", dice otro, "pero siempre soy muy amable con los pobres". Hay una dama aquí que tiene una cantidad aceptable de dinero de sobra y para ella, el dinero es tan común como los alfileres. Y cuando entra, le ponen una silla y se sienta y empieza a hablarles de economía y les da una conferencia muy buena sobre eso. Las pobres almas se preguntan cómo van a economizar más de lo que lo hacen, no comen nada más que pan y no pueden ver que pueden conseguir algo mucho más barato. Luego comienza a exhortarlos sobre la limpieza y hace unos cincuenta comentarios impertinentes sobre la ropa de los niños.

"Ahora", dice ella, "mi buena mujer, antes de dejarte te daré este tratado. Se trata de la embriaguez. Tal vez se lo des a tu marido". Si lo hace, él la golpeará, puedes estar segura. "Vamos", dice, "aquí tienes un chelín para ti". Y ahora, mi señora piensa, "Amo a mi prójimo". ¿Le diste la mano? "No, señor". ¿Le hablaste con cariño? "Por supuesto que no. Ella es una inferior". Entonces no obedeciste esta orden, "Ama a tu prójimo como a ti mismo".

¿Te digo lo que pasó después de que te fuiste? Esa mujer, tan pronto como te fuiste, empezó a llorar. Se dirigió al ministro para pedirle consuelo. Le dijo: "Sabe, señor, estoy muy agradecida con Dios por el alivio que me ha dado esta mañana, pero mi espíritu estaba casi destrozado. ¿Sabe, señor, que antes estábamos en mejores circunstancias?"

"Esta mañana la señora Fulana de Tal vino y me habló como si yo fuera un perro, o como si fuera un niño y aunque me dio un chelín no sabía qué hacer. Quería el chelín lo suficiente, o si no, creo que debería haberlo tirado tras ella. Hablaba de tal manera que no podía soportarlo. Ahora bien, si vienes a verme, señor, sé que me hablarás con amabilidad y si no me das nada, no me insultarás ni me criticarás". "Oh," dijo, "mi corazón está roto dentro de mí, no puedo soportar esto, porque hemos visto días mejores y estamos acostumbrados a un tratamiento diferente a este".

Ahora, mi señora, usted no la amaba. Su chelín, ¿de qué servía si no le ponía un poco de amor? Podría haberlo hecho tan bien con un soberano de oro si le hubiera puesto un poco de

amor. Ella habría pensado mucho más en ello. "Ama a tu prójimo". ¡Oh! Quiera Dios que siempre pudiera practicarlo yo mismo y que pudiera imprimirlo en cada uno de vuestros corazones. Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo.

Y ahora el último argumento que usaré es uno especialmente apropiado para el cristiano. Cristiano, tu religión reclama tu amor: Cristo te amó antes de que tú lo amaras. Te amó cuando no había nada bueno en ti. Te amaba, aunque le insultaras, aunque le despreciaras y te rebelaras contra él. Te ha amado desde el principio y nunca ha dejado de amarte. Te ha amado en tus reincidencias y te ha amado fuera de ellas. Te ha amado en tus pecados, en tu maldad y tu locura. Su amoroso corazón seguía siendo eternamente el mismo y derramó la sangre de su corazón para demostrar Su amor por ti. Él te ha dado lo que quieres en la tierra y te ha provisto de una morada en el cielo.

Ahora, cristiano, tu religión te exige que ames como amaba tu Maestro. ¿Cómo puedes imitarlo, a menos que también ames? Dejaremos a los mahometanos, al judío y al infiel, la frialdad y la crueldad. Pero contigo la crueldad es una extraña anomalía. Es una grave contradicción con el espíritu de vuestra religión, y si no amas a tu prójimo, no veo cómo puedes ser un verdadero seguidor del Señor Jesús.

Y ahora concluyo con una o dos sugerencias de peso y no te cansaré. Mi texto sugiere primero, la culpa de todos nosotros. Amigos míos, si esta es la Ley de Dios, ¿quién puede declararse inocente? Si la Ley de Dios exige que ame a mi prójimo, debo pararme en mi púlpito y confesar mi culpa.

Al pensar en este texto ayer, mis ojos se llenaron de lágrimas al recordar muchas cosas duras que había dicho en momentos de descuido. Pensé en muchas oportunidades de amar a mi prójimo que había despreciado y me esforcé por confesar el pecado. Estoy seguro de que no hay nadie de todo este inmenso público que no haría lo mismo si sintiera que esta ley es aplicada por el Espíritu con poder a su alma.

Oh, ¿no somos culpables? Los espíritus más amables, las almas más benevolentes, ¿no son culpables? ¿No lo confesaréis? Y eso sugiere esta observación. Si ningún hombre puede ser salvado por sus obras a no ser que cumpla esta ley perfectamente, ¿quién puede ser salvado por sus obras? ¿Alguno de vosotros ha amado a su prójimo toda su vida con todo su corazón? Entonces seréis salvados por vuestras propias obras si no habéis roto ningún otro mandamiento, pero si no lo has hecho y no puedes hacerlo, entonces escucha la sentencia de la Ley: has pecado y perecerás por tu pecado. No esperes ser salvado por el mandato de la Ley.

¡Y oh, cómo esto me hace amar el Evangelio! Si he quebrantado esta ley, y lo he hecho, y si no puedo entrar al cielo con esta ley quebrantada, precioso es el Salvador que puede

lavarme de todos mis pecados en Su sangre. Precioso es Aquel que puede perdonar mi falta de caridad y perdonar mi falta de bondad; puede perdonar mi aspereza y mi rudeza, puede dejar de lado todo mi hablar duro, mi fanatismo y mi crueldad, y puede, a través de Su sacrificio omnipotente, darme un asiento en el cielo, a pesar de todos mis pecados. Sois pecadores esta mañana, debéis sentirlo, mi sermón, si es bendecido por Dios, debe convencerlos a todos de la culpa. Bien, entonces, como pecadores, déjenme predicarles el Evangelio. "Todo aquel que crea en el Señor Jesús será salvado."

Aunque hayamos violado esta Ley, Dios nos perdonará y pondrá un nuevo corazón y un espíritu recto en nuestro seno, con lo que podremos cumplir la Ley en el futuro, al menos en un grado eminente y alcanzaremos, poco a poco, una corona de vida en la gloria eterna.

Ahora, no sé si he sido personal con alguien esta mañana. Sinceramente espero haberlo hecho. Quería hacerlo. Sé que hay muchos personajes en el mundo que deben tener una gorra hecha a su medida o nunca la usarán. He tratado de hacerlo lo más cerca posible. Si no dices: "Qué bien se aplicó a mi prójimo", sino que por una vez dices: "Qué bien se aplicó a mí", espero que esta exhortación tenga alguna consecuencia positiva. Y aunque el antinomiano se dé la vuelta y diga: "Ah, sólo era un sermón legal", mi amor a ese precioso antinomiano. No me importa su opinión.

Mi Salvador predicó así y yo haré lo mismo. Creo que es correcto que a los cristianos se les diga lo que deben hacer y que los mundanos sepan lo que el cristianismo nos llevará a hacer, para que el más alto estándar de amor, de bondad y de Ley se eleve en el mundo y se mantenga constantemente ante los ojos de la gente.

¡Que Dios te bendiga y esté contigo, por el amor de Jesús!